

Camino adelante

El asombro del doctor Quorum

Resulta de los catos, detalles y noticias que trae la Prensa de Madrid venido anoche y esta mañana, que el famoso doctor Quorum cuyo triunfo proclamó la radio en la noche del miércoles, anda tan cabizbajo y mohino por el resultado de la operación que, cuantos miran su semblante ven en él reflejadas ondas inquietadas.

Resulta que el famoso doctor no quería ir ni a tres tirones a Madrid a visitar al enfermo que con tanto interés reclamaba los auxilios de la ciencia.

Resulta también, que durante los diez últimos días, los familiares del paciente han echado mano a todos los recursos imaginables—y muchos que no se pueden imaginar,—para conseguir, no sólo sacar de su retiro al Doctor, sino que querían, además, que garantizara el éxito de la operación.

Con tal propósito, los susodichos familiares que a recordarnos vienen los del Santo Oficio por lo de no perdonar medio fuera el que quisiera para lograr el fin, han llevado unos días de fatigas sin cuento. ¡Qué de conferencias, visitas, entrevistas, cabildos con todo Cristo que podía tener relaciones más o menos íntimas con el doctor Quorum! ¡Qué de súplicas, ruegos, amenazas, promesas, exortaciones!... Maniobra secreta, en la sombra, en el misterio y sotto voce. Por dentro zozobra, inquietud, malestar, amargura; horas angustiosas de duración interminable. Por fuera, miradas que se clavan como puñales, sonrisas que producían escalofríos, gestos que sobresaltaban al más flemático.

—¿Cómo sigue el enfermo señor Galarza?

—Eh? ¡Ah, sí! Mejor, muy mejorado.

—Parece que está nerviosillo.

—¿Yo? ¡quía! ¿Nervioso, dice usted nervioso? No, no. Es carácter, señor, mi carácter. Es que yo soy así...

—¿Qué tal Padre Trifón?

—Perdone usted, Trifón, Trifón es mi nombre.

—¡Ah! Perdóne usted. Es el confusioñismo que nos trae desquiciados. ¿Y cómo va el paciente?

—Nada. Un catarro. ¡Bah! No hay que inquietarse.

—¡Caramba! Pues sí me habían dicho que ya no conocía.

—Exageraciones... No haga caso.

—¿Luego no es necesaria la presencia del doctor Quorum?

—Hombre, le diré. Los catarros en Primavera son malos. Ya sabe que en este pícaro Madrid, hasta en agosto matan las pulmonías. Hay que prevenirse.

—Allí viene el Hermano Cordeiro con el guardian De Paco.

—De Francisco, señor.

—Sí, sí. El Padre De Francisco. Le digo a usted que el confusioñismo me trae loco.

—A la paz de Dios, y él nos ayude.

—Vienen de ver al enfermo.

—De allí. Nos interesa tanto su preciosa salud...

—Cómo que es el sostenedor del convento: ¿verdad?

—Del convento y de la Orden, señor. Pero también nosotros le sostenemos a él.

—A pesar de lo cual, está muy malito, según parece.

—Esas embrujadas oposiciones que le están dando a beber hiel y vinagre como a Jesús los sayones de Pilatos. ¡Que las parta un rayo y mis ojos lo vean!

—¡Por Dios, Padre Cordeiro; respeto a los hábitos! Las maldiciones en los labios de un ministro... ministro del Señor, quitan autoridad.

—Tiene razón el Padre de Paco... digo, de Francisco. Y perdóne Hermano Cordeiro: Lleva usted arrastrando un enchufe y se lo puede pisar.

—¡Mal presagio, mal presagio!

En un rincón del pasillo, Ossorio, padre y Ossorio hijo, hablan animadamente pero en voz baja.

—El padre. —¿Viene o no viene el doctor Quorum?

El hijo. —Vino de incógnito y reconoció al enfermo.

El padre. —¿Pero garantiza la operación?

El hijo. —Dice que no hay que hacerse ilusiones; que la enfermedad es mortal de necesidad. Organismo destruido, aniquilado; pobreza de sangre y la poca que tiene viciada, viciadísima.

El padre. —Vamos que tiene mala sangre.

El hijo. —De lo peor.

El padre. —¿Y por qué no transfundirle sangre nueva?

El hijo. —Ahí está la dificultad, padre. ¡No hay quien se apreste a ello! ¡Ni con candil se encuentra un abnegado!

El padre. —Yo me presto!

El hijo. —Me haces reír, papá. Tú, monárquico sin rey y ex gobernador de Barcelona. Precipitarías su muerte.

El padre. —¿Pero qué hacer entonces?

—El hijo. —Se ha pensado todo, se ha recurrido a todo, se han hecho números... nada el doctor Quorum dice que no hay remedio. Es decir, hay uno, pero es peor que la enfermedad. Transfundirle la sangre de sus hijos, o sea su propia sangre. Con lo cual, afirma el doctor, que sólo se conseguirá prolongar su agonía, hacerla más penosa y a la postre morir rabiando; hidrófobo, papá.

El padre. —Con tal que viva lo bastante para que yo alcance la presidencia.

El hijo. —¡Quía! Hay un indicio que me dá mala espina, papá.

El padre. —¿Cuál?

El hijo. —El gato de casa se ha despojado del gorro frigio... Don Angel se desmayó.

En efecto, la transfusión se hizo con la sangre de nueve de los hijos del agonizante. ¡Si tendrá aprensión! Y díz que el doctor Quorum tirando con desprecio el aparato transmisor, refunfuñó indignado: Tras de tanta vergüenza, trabajo inútil. Pan para hoy y hambre para mañana.

Es la locura llegando a límites insospechados.

JUAN DEL PUEBLO

UNA CARTA...

El ministro de Hacienda Sr. Carner, ha dimitido

Pero el Sr. Azaña no quiere darse por notificado

El señor Azaña, jefe del Gobierno, guarda cuidadosamente una carta de don Jaime Carner, ministro de Hacienda, en la que le anuncia la dimisión irrevocable de su cargo, por la imposibilidad física de desempeñarlo. En la carta expone el deseo de que su dimisión se haga conocer de la opinión pública.

El señor Azaña aun no ha cumplido el ruego del señor Carner, pese a que la carta está en su poder desde hace algunos días.

(De «El Imparcial»)

Banco Central

Caja de Ahorros 4 por ciento

Banquete a don Isidoro Reverte Salinas

Con motivo de la Conferencia que, el próximo domingo pronunciará en el Teatro Guerra nuestro ilustre paisano, el Circulo Mercantil, organizador del acto, le obsequiará con un banquete en el Hotel España, lo que se hace público para conocimiento de las amistades que deseen asistir al mismo, quienes deberán retirar las tarjetas, del Conserje de dicho Circulo.

El anuncio es la base del buen industrial y comerciante,

quien anuncia se da a conocer y aumenta sus ventas.

Habrà que recordarle a usted muchas cosas Sr. Azaña

No quiere el Sr. Azaña abandonar el Poder, aun constándole que el país, poder supremo, desea, para bien de la República, que el actual Gobierno haga en el ostracismo exámen de conciencia.

No quiere el presidente del Consejo de ministros despojarse de su alta representación y quedar reducido a los proporciones de un ciudadano más dentro de la República.

Y para mantenerse en su puesto, aun azotado por todos los vientos de la protesta aun atronando sus oídos el vocerío de la España auténticamente republicana, que ve en el antiguo oficinista un peligro para el régimen, repite incesantemente que cuenta con la mayoría del Parlamento y que mientras le asista la confianza de unos estómagos agradecidos no tiene por qué dejar vacantes las dos carteras que desempeña.

El señor Azaña, de cuya insensibilidad política no hay quien dude, confunde a los «delegados» —que le apoyan por interés personal— con los «representantes» del país, cosa que acaso no hiciera de haber ojeado —¡él tan leído!— el libro de Azcárate «El régimen parlamentario» en cuyas páginas consta que los diputados no son como los mandatarios, que, una vez aceptado el poder, obran por su cuenta y riesgo, sino al modo de aquellos otros que actúan con arreglo a las instrucciones que reciben constantemente del mandante. Por esto, el poder supremo, el del país, está siempre en acción, porque después de designar sus representantes, continúa manifestando su sentimiento por medio de la Prensa y de las reuniones públicas, constituyendo esta vida general y la oficial del Parlamento dos partes de un todo, entre las cuales, por lo mismo, ha de

haber armonía y por eso, cuando no existe, surge la necesidad de la disolución de las cámaras para restablecerlo.

El señor Azaña, sin tener en cuenta para nada esta exigencia, se obstina en mantener la «dictadura parlamentaria», tan perniciosa a toda democracia, no reparando en que la falta de coincidencia entre el Parlamento y el país produce, fatalmente el caos.

Habrà que recordarle al señor Azaña las palabras del ministro belga al rey Leopoldo en 1857?

«Tengo la mayoría de las cámaras decía Decker—a mi favor, pero no estoy seguro de que aquella esté apoyada por la mayoría del país». Y presentó la dimisión.

Habría que recordarle al señor Azaña que Ricasoli, al abandonar el poder en 1862, después de una votación favorable del Parlamento, declaró que «no había hallado, a pesar del voto de la mayoría, la prueba de la confianza por parte de la conciencia pública y del país».

Lea con detenimiento el señor Azaña la obra a que nos referimos, de Azcárate, y proceda luego en consecuencia.

No hay, en toda democracia, más poder supremo que el país. Y bien elocuentemente ha expresado éste su voluntad.

Dedíquese en buen hora el exfuncionario público a sembrar toda la avena loca que quiera, pero deje a la República en paz, única manera de que la República sea para cuantos la amamos sobre todas las cosas.

Operación

En la Cruz Roja de Murcia el pasado día 9 sufrió una operación en el pie izquierdo el joven escribiente en este Juzgado, Antonio López Mateos.

La operación fue practicada felizmente por el joven y notabilísimo médico cirujano D. Ramón Sánchez Parra, al que la familia del joven operado está agradecidísima, al par que a las Hermanas de San Vicente de Paul verdaderos ángeles de caridad al lado del enfermo.

El prestigioso nombre del habilísimo operador corre de boca en boca para ser ensalzado, lo mismo el asilo